

## Dejarse atrapar por preguntas Alberto Corsín Jiménez

Hace tres semanas el periódico *El País* se hizo eco de un hallazgo arqueológico cuyo titular leía así: "[Las mujeres prehistóricas también cazaban grandes animales](#)". La noticia daba cuenta de la excavación de una tumba de 8000 años de antigüedad en los Andes peruanos donde se han encontrado restos de una mujer de entre 17 y 19 años junto con material de caza: puntas de proyectiles, cuchillos de pedernal y nódulos de ocre, usado para pigmentar y curar pieles.

El equipo de arqueología empleó una novedosa técnica de proteómica con la que identificaron péptidos de amelogenina en el esmalte dental de los restos, que permitieron confirmar que se trataba de una mujer. El descubrimiento dio la vuelta al mundo. Según sus autores, y especialmente según los medios de comunicación, contribuía a desmontar uno de los paradigmas más asentados en las ciencias de la prehistoria: "la idea dominante", como decía el artículo de *El País*, "de que en las primeras comunidades humanas ya había una división del trabajo por género."

Dos semanas después el periódico regresaba sobre el asunto. Con un título aún más audaz y ambicioso, "[La cazadora que reescribió la prehistoria](#)", los redactores de *El País* avalaban la tesis de que la "división sexual del trabajo" no es universal en la condición humana. Sabemos, decían, que hace 150.000-40.000 años, en el Paleolítico Medio, "la dieta era muy reducida y no confeccionaban la ropa a medida. Así que no habría mucho margen para la división del trabajo." Las cosas empiezan a cambiar hace 50.000 años, cuando los arqueólogos observan ya mayores estrías en el desgaste de los dientes de mujeres que de hombres, signo de que unas y otros se empleaban en tareas distintas.

Qué difícil y qué escurridizo se antoja el arte de la pregunta.

Hace más de cuarenta años la antropología ya advirtió que cuando preguntamos por la división de género no hacemos en realidad otra cosa que proyectar un modelo de organización individual sobre sociedades cuyas preocupaciones y formas de relación son otras. De hecho, la pregunta desliza por la puerta de atrás todo un conjunto de oposiciones—hombre vs. mujer, depredador vs. presa, maestro vs. esclavo, naturaleza vs. cultura—que sostiene las fantasías heteropatriarcales de la sociedad occidental contemporánea.

Todo ello es de sobra conocido en arqueología. El mismo equipo cuyos hallazgos cubría con bombo y platillo *El País* ya se guardaba de hacer constar en el artículo de investigación original que "[los constructos de género modernos no reflejan los del pasado](#)".

Entonces, os diréis, ¿por qué la algarabía? ¿Qué necesidad de hacer pasar por novedoso algo ya conocido? ¿Qué sabemos hoy que no sabíamos antes? ¿Qué hemos aprendido?

Hemos aprendido muchas cosas, sin duda. El equipo de arqueología empleó con éxito técnicas proteómicas sobre restos de esmaltes dentales. Se ha aprendido a tipificar la morfología de distintos desgastes dentales a partir de sus estrías. Y se ha avanzado y se han perfeccionado métodos bioarqueológicos con los que estudiar la

anatomía y biología de restos óseos. Ahora bien, contrastado esto, ¿podemos decir con justicia que las proteínas y los dientes han abierto una ventana a la "reescritura de la prehistoria" y el descubrimiento de otro paradigma de la "división de género"?

Cuando hacemos ciencia, dice la filósofa e historiadora de la ciencia Isabelle Stengers, lejos de asumir una posición de calculada distancia frente a la realidad, nos damos un chapuzón en ella. Nos lanzamos a una suerte de piscina, un espacio de juego, riesgos y atrevimientos cuyas aguas se modulan según el baile de complicidades y complejidades que establecemos con nuestro entorno.

Siguiendo la estela de Stengers a estas piscinas las vamos a llamar "situaciones" (*milieus*). Investigar y aprender no es otra cosa que zambullirse en los misterios de una situación. Nos adentramos en las situaciones con ciertas *obligaciones*, en el caso de las gentes de ciencia, por ejemplo, las que tienen para con sus oficios (sus métodos, sus expectativas, sus ambiciones). Pero las situaciones nos imponen, también, sus propios *requisitos*. Creemos tener una investigación más o menos cerrada cuando, de repente, aparece algo o alguien que trastoca nuestras conclusiones. A veces, dice Stengers no sin ironía, los objetos que estudiamos "objetan" nuestro propio modo de estudio. La ciencia no es otra cosa que ese delicado equilibrio entre obligaciones y requisitos.

He abierto este breve texto con el episodio de la cazadora andina porque ejemplifica tensiones y ambivalencias que encontramos en muy diversos modos de indagación. El desequilibrio entre obligaciones y requerimientos no es exclusivo de la arqueología. Se trata de una tensión que caracteriza casi todas las situaciones de aprendizaje. Aprender entraña, justamente, habitar una situación de riesgo, incertidumbre y ambivalencia. Una situación en la que nuestras aspiraciones, expectativas y obediencias chocan con las militancias, sensibilidades y disposiciones de otros actores (no sólo otros investigadores sino otro tipo de agencias también, como proteínas, técnicas bioarqueológicas, restos óseos, o la idea misma de "división de género"). Siempre hay algo de vértigo, de precariedad, de inestabilidad, en los modos de encuentro que entrañan aprendizaje.

Decía antes que las situaciones ponen en juego bailes de complicidades y complejidades. Hace unos años, arqueólogos y antropólogos (casi siempre hombres) llevaban a cabo auténticas operaciones extractivistas con los lugareños y territorios en los que trabajaban: no citaban ni reconocían sus aportaciones, no mostraban interés alguno por dialogar con sus saberes, ni participaban en el diseño de espacios de aprendizaje que no revertieran directamente en la producción de libros o artículos académicos. Sus modos de investigación se resguardaban con arrogancia en una jerarquía de saberes que los situaba a ellos en la cima. Hoy esto ha empezado a cambiar. No en todas las ciencias, pero algunas han asumido que el diseño de una situación de aprendizaje requiere abrir el círculo de complicidades con los que se traba y reclama la complejidad en juego. He aquí otro requisito de las situaciones de aprendizaje.

Pero hay otra condición que, como una suerte de fantasma, acecha y merodea los aprendizajes. Esta afecta a la idea misma de "aprendizaje", al dulce balanceo de "progreso" que muchas veces la impulsa, la sensación de que el objetivo de entrar en una situación de aprendizaje (una clase, un curso, un proyecto de investigación) es justamente "salir" de ella, llegar al otro lado, donde por fin habremos aprendido y estaremos en posesión de un tipo de saber.

Nos encontramos así con que las situaciones de aprendizaje están atravesadas por una tentación acechante, que nos instiga a convertir el vértigo y desconocimiento en una manifestación de poder, razón e ilustración; que nos invita a transformar las *situaciones de aprendizaje en situaciones de descubrimiento*. El filósofo y matemático Alfred North Whitehead decía que nos hemos dejado seducir por los cantos de sirena que convierten "lo que sabemos" en "lo que podemos saber".

Volvamos al ejemplo con el que he abierto el texto. ¿Qué sabemos?, ¿qué podemos saber? La noticia del hallazgo arqueológico (y en menor medida, el artículo científico original) transita vertiginosamente entre una situación de aprendizaje y una situación de descubrimiento, entre lo que se sabe y lo que podemos saber. ¿Sabemos que los restos hallados en la tumba son de una mujer? Sí. ¿Sabemos que se trata de una cazadora? No con certeza. ¿Podemos sentenciar que no existía la división de géneros en la prehistoria tal y como la conocemos ahora? No con estos datos, pero sí si nos acompañamos de otras historias y narraciones: etnología, antropología, historia oral, saberes indígenas. De este modo abandonamos nuestras pretensiones de "poder saber" y ampliamos el círculo de complicidades y complejidades de lo que ya sabemos.

Debemos, en suma, aprender a reclamar los aprendizajes por encima de los descubrimientos. Aprender a diseñar y habitar situaciones en las que interesa menos *cazar respuestas que dejarse atrapar por preguntas*.